

Rafael Sagredo Baeza (Editor), *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Editorial Universitaria, Santiago, 2010, 341 páginas.



En el libro *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América*, trabajo que reúne un total de diez artículos que a continuación pasaremos a comentar. El historiador Rafael Sagredo, a cargo de su edición, nos invita a reflexionar sobre el papel que tuvo el conocimiento científico en la configuración de los estados americanos y sus representaciones en el contexto de traspaso de las formas de gobierno coloniales a las republicanas. Desde ese ámbito, la obra en su conjunto entrega diversas luces sobre la relevancia que tuvieron científicos, viajeros, artistas, exploradores e intelectuales en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas en las primeras décadas del siglo XIX, ya que todos

contribuyeron, de una u otra forma, en procesos tales como la creación de la nacionalidad e identidad, el ejercicio de la administración estatal y la organización de los estados nacionales.

Como lo advierte el editor en la presentación de la obra, este no fue un libro fácil de concretar, pues una serie de circunstancias hicieron que permaneciera en gestación desde el año 2006. Sin embargo, su reciente aparición no sólo viene a ser un gran aporte dentro del ámbito historiográfico chileno, y por supuesto americano, sino que nos estimula a pensar la formación de la nación desde una perspectiva novedosa y global, donde ciencia, viajes, lenguaje y arte se vinculan de manera natural para

dar respuestas sobre las grandes transformaciones vividas por las nacientes repúblicas americanas a principios del siglo XIX.

Desde la óptica historiográfica, el texto trata de comprender los contextos, lugares y redes desde los cuales se elabora, expone y circula el conocimiento en América, poniendo en evidencia los procesos de expansión y difusión de la ciencia europea en otros espacios geográficos. Si bien es cierto que este ha sido un terreno ampliamente ignorado por nuestros historiadores, el esfuerzo de Sagredo representa la preocupación por revertir aquel olvido, donde la comprensión de fenómenos tales como los esbozados a lo largo de las páginas siguientes, permiten al editor no sólo realizar una historia del conocimiento en América, sino que más interesante aún abordarla desde una perspectiva interdisciplinaria, junto con situar a Chile en su contexto americano.

El volumen se abre y cierra con dos contribuciones de Ottmar Ette que, en cierta medida, contextualizan y resumen las demás propuestas contenidas en el libro. La primera de éstas aborda el fenómeno de la globalización dentro de la reflexión histórica-filosófica europea, entre el último tercio del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. A través del análisis de las obras de Cornelius de Pauw, Georg Forster, Guillaume Thomas Raynal y Alexander Humboldt, el autor ofrece una interpretación sobre la forma que aquellos intelectuales pensaron la globalidad, dando cuenta de los modos de

representación y construcción de las dinámicas y debates en torno a dicho fenómeno. Lo interesante es que Ette para lograr lo anterior, realiza una arqueología del término globalización que, bajo su punto de vista, permite advertir de manera profunda que éste no sólo es un fenómeno contemporáneo, sino que por el contrario, tiene un transcurso histórico que revela formas anteriores, y que por lo mismo, se insinúa en un contexto que Ette define bajo lo que él reconoce como “cuatro fases de globalización acelerada”.

Las concepciones de Cornelius de Pauw sobre la naturaleza y población americana contrastadas con la europea, la tesis de Georg Forster sobre una nueva época que tuvo su origen en el comercio mundial de pieles en el norte de América y los planteamientos de Thomas Raynal sobre América, constituyen para Ette ejemplos de reflexiones tempranas sobre globalización, pues éstas no sólo corresponden a ideas filosóficas sobre el continente americano, sino también sobre el papel de Europa en la historia y en el comercio mundial. De esa forma, el autor demuestra como ya en la segunda mitad del siglo XVIII es posible hallar discursos, con sus respectivas polémicas, globalizados y globalizantes, que incluso se extienden más allá de las fronteras donde son producidos y se perpetúan en el tiempo.

Allende de lo señalado, Ette explica que los debates internacionales suscitados por estos discursos sobre objetos extra europeos y en especial sobre América fueron modificados en las

postrimerías del siglo XIX, y discutidos ampliamente por Alexander von Humboldt. Sobre la base de su conocimiento directo de la realidad, fruto de sus viajes a las regiones equinocciales del nuevo continente, el naturalista alemán pensó globalmente superando el contexto de las rígidas antinomias que habían prevalecido sobre el hemisferio americano. De esa forma, para Ette, Humboldt incluyó en el resultado de sus investigaciones un punto de vista comparativo y transdisciplinar que, desde el enfoque analizado, sugiere una ciencia globalizada al servicio de la humanidad y comprometida en la creación y divulgación del conocimiento en el espacio. Consiguientemente, la circulación de conocimientos a nivel planetario, donde la relación entre presente y los fenómenos de tiempos anteriores se hace evidente en la obra del sabio prusiano, permite a Ette plantear una arqueología de la globalidad concebida como una historia del movimiento, donde las distintas fases de esta globalización acelerada se relacionan, comprenden y reconocen en su horizonte de transferencia de ideas y multiplicidad del conocimiento.

Al audaz planteamiento de Ette le sigue el trabajo de Maria de Fátima Costa (véase su “Literatura del Viaje en la Historiografía Brasileña” en la sección *Artículos Invitados* de esta página) y Pablo Diener sobre el “Viaje Filosófico” encabezado por Alexandre Rodrigues

Ferreira en Brasil, el cual ofrece las principales características y dificultades cotidianas que esta travesía enfrentó por tierras amazónicas y platinas. Desarrollada a fines del siglo XVIII, momento crucial de la demarcación de límites entre las dos Américas ibéricas, el viaje de Ferreira respondió tanto a la política lusitana, en cuanto a la búsqueda de conocimientos sobre la naturaleza, como a los intereses de orden metropolitano, lo que puso en evidencia la elaborada visión estratégica llevada a la práctica por Portugal, frente a su rival España, en este tipo de empresas.

Uno de los principales argumentos propuestos por Costa y Diener es que el “Viaje Filosófico”, por su propia estructura, denunció un fuerte carácter político- estratégico. Lo anterior, debido a que la expedición luso-brasileña estuvo fuertemente coartada de autonomía en todas sus etapas, provocando no sólo una total dependencia de las autoridades locales, que interferían constantemente en el desarrollo de los trabajos, sino también en cuanto al control que la metrópolis portuguesa ejerció sobre la ruta de los expedicionarios que estudiaban y catalogaban el interior del continente americano. Este sometimiento, al cual se refieren los autores, es puesto en evidencia a través de diversos ejemplos, quedando demostrado los estrechos lazos entre la práctica científica y el cuerpo estatal.



“Diseño de las canoas en que navegaron los empleados de la expedición Filosófica por los ríos Cuyaba, S. Lorenzo, Paraguay y Jaurú. Museo Bocage, Lisboa. En p. 90 del libro.

Entre las finalidades que tuvo el “Viaje Filosófico” de Ferreira, la de reconocer y describir el interior de los territorios de la Amazonía y Pantanal brasileños fue una de las esenciales. Desde esa perspectiva, los autores a partir de Humboldt proponen una reflexión sobre el significado del viaje al interior del continente, señalando que la exploración de los espacios internos americanos conllevó en sí misma una tarea más ardua que los viajes de circunnavegación. A pesar de lo anterior, aquellas grandes dificultades de los viajes por tierra, que los autores describen por medio de referencias a la cotidianeidad de la expedición, son compensadas, como queda expuesto, por las positivas ventajas que éste ofreció para el progreso del conocimiento de aquella zona tan desconocida de Brasil. De esa forma, Costa y Diener no dudan en calificar el “Viaje Filosófico” de Alexandre Rodrigues Ferreira como epopeya de la exploración científica ilustrada.

Finalmente, como destacan los autores, el “Viaje Filosófico” encerró en sí una gran paradoja, puesto que si bien en América Ferreira pudo superar grandes adversidades y enfrentarse muchas veces a condiciones bastantes hostiles para el desarrollo mismo de su empresa, de regreso en Lisboa, el extenso material recopilado jamás pudo en su época ser publicado, lo que en definitiva significó dejar inconcluso parte del proyecto para el cual Ferreira había sido destinado.

La explicación sobre los mecanismos de apropiación y traducción que utilizó la ciencia europea respecto a los saberes indígenas del mundo natural americano es el tema que aborda Mauricio Nieto en su análisis de la *Memoria Sobre las Serpientes* de Jorge Tadeo Lozano, texto publicado en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, editado por Francisco José Caldas entre 1810 y 1811. Como lo destaca Nieto en su trabajo, la producción del conocimiento científico no fue el resultado de una relación directa entre el

hombre de ciencia y la naturaleza, sino que éste se desarrolló en el marco de tradiciones culturales en las cuales ya existían complejas relaciones entre la naturaleza y la sociedad. En ese sentido, el autor argumenta que las tradiciones locales americanas jugaron un papel determinante en la construcción de los discursos científicos ilustrados, a pesar de que éstas, aun siendo mencionadas, la mayoría de las veces fueron traducidas, descalificadas y silenciadas.

El examen del escrito de Lozano sobre las serpientes americanas que propone Nieto, muestra el evidente afán de distinción de las elites criollas frente al resto de la población, las cuales en la medida que generaron formas de diferenciación frente al otro, lograron afianzar su propia identidad. De esa forma, Nieto explica que el conocimiento no fue sólo un medio para acceder al mundo y hacerlo útil para el hombre, sino más bien un poderoso mecanismo de reconocimiento y de distinción social para sus portavoces. A su vez, señala que la historia natural de los reptiles da cuenta de la tensión y estrategias de diferenciación entre lo que los criollos letrados entendieron por una ciencia legítima y las creencias del vulgo, estas últimas, según ellos, carentes de rigor científico, y por tanto consideradas muchas veces poco confiables e irracionales. A pesar de lo anterior, la incorporación de los saberes locales dentro de sistemas y marcos de referencias ilustrados, dice Nieto, implicó dotar a aquellas experiencias populares de un cierto orden y traducirlas a un lenguaje

universal propio del conocimiento racional. Sin embargo, advierte que al ser homogenizadas bajo un único sistema, éstas perdieron su condición local al ser silenciadas bajo una nueva clasificación propia de la tradición científica europea.

Gilles Béraud en su trabajo sobre el viaje de Alcide d'Orbigny por América del Sur, presenta las características generales de la travesía, su vínculo como viajero del Museo de Historia Natural de París, y, especialmente, su paso por Bolivia luego de una invitación formal recibida de parte del mariscal José de Santa Cruz en 1830. Si bien es cierto que el destino asignado al naturalista francés por la administración del Museo fue Chile y Perú, su estadía en nuestro país fue transitoria, ya que como lo explica Béraud, la efervescencia política, la presencia de otros científicos como Claudio Gay y la atractiva proposición hecha por el presidente de Bolivia para explorar aquel territorio, hicieron que desistiera de la original misión científica.

Estas circunstancias generales, como lo advierte el autor, dan cuenta de dos modalidades de la presencia oficial de científicos extranjeros en las nuevas repúblicas durante la primera mitad del siglo XIX. En primer lugar, la iniciativa del Museo de enviar a d'Orbigny a América demostró el interés de las potencias europeas, en este caso francesa, de que naturalistas recorrieran territorios poco conocidos con el propósito de develar los recursos económicos de los mismos. Por otra parte, la estancia de Gay en Chile y la solicitud de Santa Cruz a

d'Orbigny, reflejaron la decisión de los estados americanos por contratar a naturalistas que, por medio del conocimiento científico, entregaran una visión pormenorizada de la realidad natural, social, económica y cultural de las naciones en formación.

La permanencia de d'Orbigny en Bolivia, su cordial relación con Santa Cruz y la gran acogida que recibió, manifiesta a su vez que el reconocimiento científico de América fue un proceso fomentado por las nuevas repúblicas, donde los hombres de ciencia ejercieron un papel fundamental no solo en la identificación de las regiones exploradas, sus recursos y naturaleza, sino que además su contrato, apoyo y patrocinio evidenció el esfuerzo de los pueblos americanos por organizar, modernizar y consolidar la nación a través de la práctica científica.

El trabajo de Carlos Sanhueza sobre la experiencia del naturalista germano Eduard Poepping en territorios sudamericanos, a partir de la influencia que tuvo en él Alexander von Humboldt, permite al autor identificar el marcado interés de parte de Poepping por el mundo tropical, su opción por lo empírico a la hora de legitimar científicamente el conocimiento y su idea de utilizar una metodología que privilegiaba la organización de los contextos por sobre el análisis de las especies en su singularidad aislada, aportando la noción de unidad en la diversidad y describiendo diversos aspectos de la compleja realidad desde una estructura dinámica y cultural. Es así

como Sanhueza indaga en torno a la perspectiva científica humboldtiana que tuvo Poepping en su representación del espacio tropical y sus habitantes, afirmando que el viajero científico además de definir el carácter de la realidad social y natural sudamericana, por medio de un sistema clasificatorio y taxonómico, representó al mismo tiempo lo propio, es decir, el norte de Europa, lo germano.

La definición de identidades que propone el autor a través del ejemplo de Poepping, en este caso unas tan alejadas y disímiles como la sudamericana y la alemana, permite dar cuenta de la preponderancia de la ciencia y los viajeros científicos en la construcción de imágenes sobre América y Europa. De ese modo, Sanhueza en su lectura cultural y simbólica de la travesía de Poepping, destaca no tanto las particularidades y asociaciones que el naturalista hizo sobre el carácter del habitante tropical sudamericano y su paisaje, sino la forma y la justificación que éste utilizó para confirmarla. En ese sentido, el texto entrega una explicación sobre los criterios de análisis a los que recurre el viajero germano para definir el Nuevo Mundo, entre estos el sistema binario de Carl von Linné, junto con demostrar que a partir del estudio del mundo vegetal le fue posible comprender las actitudes, conductas e inclinaciones de los hombres americanos. Pero más importante todavía, Sanhueza advierte que los relatos de viajes de Poepping referidos al mundo tropical sudamericano, son elaborados y ordenados desde el enfrentamiento y

comparación con las características atribuidas al mundo alemán y noreuropeo, propias del naturalista. Por lo tanto, aquel juego de oposiciones entre uno y otro espacio, como lo denomina el autor, donde la base que explicaba el surgimiento y mantenimiento de dichos lugares era tomada desde un determinismo geográfico, a su vez reforzó una estructura jerárquica que Poepping configuró desde la supremacía de lo propio frente al otro.

La relación entre ciencia, historia y política, a propósito de la concepción y

materialización de la *Historia física y política de Chile*, publicada por Claudio Gay entre 1844 y 1871, y el papel que jugó en ésta el Estado chileno, son la preocupación fundamental de Rafael Sagredo. Como lo demuestra el autor, la obra histórica de Gay, entre otras razones, fue resultado del decidido apoyo que le brindaron algunas de las personalidades más relevantes de la élite gobernante de la época, quienes tuvieron plena conciencia de la necesidad y urgencia de fomentar el reconocimiento científico del territorio de la naciente república.



Juan Mauricio Rugendas, 1834-35, "Llegada del presidente Prieto a la Pampilla". Museo Nacional de Bellas Artes. En el libro, p. 179.

Como lo argumenta Sagredo, el naturalista francés, a través de los propios testimonios que le entregó la élite, construyó su relato ponderando las nociones positivas que tenía de sí misma la sociedad chilena, además de dar cuenta de la evolución histórica, social y material

de la realidad nacional. Por ello, Sagredo entiende la *Historia* de Gay como una herramienta al servicio del Estado, puesto que formó parte de una retórica estatal que fue capaz de legitimar el poder de la élite, transformándose el científico en un instrumento de la autoridad política. El

Estado en su afán por organizar y consolidar la república, y así ejercer su soberanía, señala el autor, puso a disposición no solo los recursos necesarios para la realización de la comisión científica, sino que además buscó allanar todos los inconvenientes que este tipo de empresa conllevaba. Sin embargo, aunque la obra de Claudio Gay fue concebida bajo un interés político local, esencial para legitimar el orden establecido en 1830, Sagredo distingue que cumplió con un propósito científico universal, pues permitió que sociedades científicas y sabios europeos se percataran no sólo del quehacer científico de Gay, sino de un país absolutamente desconocido hasta ese momento.

Hay que decir que en todo este proceso Sagredo destaca la figura de Manuel Montt por sobre otras, advirtiendo su importante desempeño en el mismo, primero como Ministro de Estado y luego como Presidente de la República. De esa forma, entre ambos hombres se gestó una relación que el autor da a conocer por medio del intercambio epistolar que ambos sostuvieron entre 1842 y 1862, quedando demostrada su voluntad política de difundir el trabajo del científico. Lo interesante, es que este activo y entusiasta respaldo que recibió del político, significó también la valoración y aprecio de su persona y obra por parte de la elite gobernante en su conjunto, reconocimiento que fue recíproco, pues Gay delineó la trayectoria política e institucional de Chile, después de la Independencia, homenajando a sus

principales actores, ponderando además sus logros en el desenvolvimiento social, económico y material de la nación.

Complementario al contexto de la obra de Gay, fueron las imágenes contenidas en el *Atlas de la Historia física y política de Chile*, iconografía que ofreció no solo una concepción de la sociedad, su naturaleza y cultura, sino que como manifiesta el autor, creó una representación de la realidad nacional que incluyó la primera cartografía del país. Para Sagredo, por tanto, los trabajos cartográficos de Gay configuraron el espacio de la nueva república, asentando la noción de territorio nacional y fijando una imagen de Chile en la conciencia de los chilenos que estimuló el sentimiento de comunidad.

Por su parte, el estudio de Gertrudis Payàs ofrece una reflexión sobre el papel que tuvo el trabajo intelectual en la conformación de las nuevas sociedades americanas tras la independencia. Desde la perspectiva de la historia de la traducción, Payàs indaga en la relación entre la ortografía, la traducción y la identidad nacional chilena durante el período que se extiende entre 1823 y 1927, señalando que la expansión y el desarrollo del castellano, en dicha etapa, se vio teñida de un ambiente de caos y polémicas ortográficas, derribando la idea generalizada que las nacientes naciones adoptaron aparentemente sin conflictos y contradicciones el español como lengua oficial y común.

Como lo explica la autora, la actitud de subversión ante la lengua



castellana fue particularmente intensa y duradera para el caso chileno, y sólo se apagó tras un decreto gubernamental en el año 1927, que adoptó como ortografía oficial la de la Real Academia Española. Por lo anterior, Payàs advierte que las rupturas con los modelos literarios o estéticos peninsulares se comprende en un contexto político de construcción de identidades de las nuevas naciones republicanas, donde los principios de emancipación y soberanía también fueron expresados a través de la reforma ortográfica promulgada por Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento.

Las ideas ortográficas difundidas por ambos, que quedaron oficialmente instauradas en 1844, hicieron que la mayoría de los libros necesarios para las escuelas, colegios y universidades fueran traducidos bajo estas reglas. De esa forma, Payàs destaca que la regulación de la ortografía en el Chile decimonónico estuvo vinculada a facilitar a la ciudadanía el aprendizaje y uso de la lengua castellana, colocando la traducción como parte esencial en la construcción de un discurso nacionalista, puesto que como queda demostrado, la autoridad educativa del país la utilizaría para apropiarse de la producción foránea que necesitaba Chile, pero además como vía para poder transmitir los principios propuestos por Bello. Sin embargo, como lo manifiesta la autora, aunque inmediatamente hubo adeptos que se encargaron de acoger dichas reformas, este proceso no fue en ningún caso homogéneo ni concertado, coexistiendo diversas formas de ortografía.

Prueba de lo señalado, fue la aparición a fines del siglo XIX de un movimiento neográfico, de carácter más radical en las ideas ortográficas, y de corte liberal e internacional, que propugnaba una “ortografía rrazional”. Si bien entre las iniciativas del grupo estuvo la de concitar las voluntades que reclamaban orden y autoridad por medio de una lengua que “sonaría” como castellano, pero que se representaría de otra manera, su esfuerzo no estuvo estimulado por una ideología nacionalista. Más bien, dice Payàs, operó como parte de una red que estaba surgiendo en diversas partes del mundo a favor de las reformas ortográficas.

El itinerario, obra y redes científicas que el naturalista italiano Antonio Raimondi forjó en Perú y América meridional, durante la segunda mitad del siglo XIX, es el tema que aborda en su estudio Lizardo Seiner. Considerado uno de los grandes impulsores del desarrollo de las ciencias naturales en el Perú, la trayectoria de Raimondi en este país demuestra el papel que tuvieron los naturalistas europeos en las sociedades latinoamericanas, ya que al igual que Gay en Chile y d’Orbigny en Bolivia, su labor y obra científica implicó que por primera vez se sistematizara, se describiera, por medio de la práctica científica, a la nación peruana. Tras diecinueve años de viaje, Raimondi no sólo recorrió el territorio peruano acopiando una gran cantidad de ejemplares, observando lugares geográficos y registrando la naturaleza, sino que reconoció las riquezas y

potencialidades económicas que ésta ofrecía.

Como lo destaca Seiner, su obra *El Perú*, representó una síntesis de lo explorado, ofreciendo un panorama sucinto de la realidad peruana. En ese sentido, el autor señala que el objetivo fundamental de la información contenida en ésta fue hacer conocido el país, donde Raimondi no solo proporcionó las características principales de las regiones visitadas, sino que además entregó su visión sobre la promoción de las principales actividades económicas para la modernización en la agricultura, la ganadería y la minería. Por ello, Seiner explica que *El Perú* fue esencial para el fortalecimiento de la nacionalidad peruana, la apropiación del territorio y el sentido de pertenencia nacional durante la segunda mitad del siglo XIX.

El especial énfasis que el autor pone en el análisis de los vínculos que Raimondi tejió tanto con el Estado peruano, sus relaciones con redes profesionales existentes en Lima y, finalmente, su aporte a la difusión de la ciencia contemporánea en el Perú a través de los contactos que estableció con científicos de Europa y Chile en particular, demuestra cómo el naturalista estructuró su contribución al conocimiento de la naturaleza peruana. Aquella extensa red no solo le facilitó al científico la operatividad logística de sus viajes, donde la recepción de cartas, instrumentos científicos, dinero e influencia política fueron esenciales para lograr sus objetivos, sino que además,

explica Seiner, significó implementar un eficaz nivel de reciprocidad en el que el envío constante de especies fue la garantía de inserción a dicha red, la que a su vez actuó como un canal a través del cual Raimondi tuvo acceso a información y bibliografía actualizada.

A partir de los debates y polémicas generados al interior del medio artístico chileno a fines del siglo XIX, Josefina de la Maza ofrece una interesante reflexión sobre las tensiones y equilibrios entre artistas, obras, críticos de arte, institucionalidad cultural y esfera pública respecto a un tema como lo fue la conformación de un arte nacional. Superando una metodología fundamentalmente biográfica-generacional que privilegia el estudio de los maestros y sus discípulos, el trabajo de De la Maza aporta un nuevo foco de comprensión sobre la pintura chilena, explicando que durante la década de 1880 existieron variadas iniciativas que vincularon a las bellas artes con la esfera pública, lo que significó la participación constante de la sociedad en el desarrollo del arte nacional. De esa forma, como señala la autora, la pregunta por “lo nacional” volvió a cobrar importancia en diversos círculos intelectuales y artistas de aquella época.

Examinando tres episodios ocurridos en los últimos años de 1880 – la polémica de los “mamarrachos”, la presentación de la “Fundación de Santiago” de Pedro Lira a la Exposición Nacional y la intervención de Enrique Cueto y Guzmán junto a las tensiones

generadas en el seminario organizado por el Centro de Arte y Letras – De la Maza demuestra cómo estas disputas ofrecen una explicación que permite comprender el desarrollo de la historia del arte en nuestro país tomando en cuenta problemáticas que en general la historiografía había descuidado, y que contribuyen a trazar las dinámicas que reconfiguraron el intento por definir lo que hasta ese momento se había entendido por arte nacional.

Según la interpretación que ofrece la autora, el envío de las obras que conformaban la colección “fundacional” del Museo de Bellas Artes a provincia y la discusión que se generó tras este hecho, dejó entrever el deseo de regular el avance de las artes a través de la imposición de criterios curatoriales, junto con la necesidad de validar bajo un solo organismo la producción y difusión de las bellas artes en el país. Pero además manifestó que la diferenciación de clases se transformaría en uno de los ejes principales del panorama artístico chileno.

Por otra parte, la aparición de certámenes internacionales para la pintura chilena constituyó la oportunidad de desarrollar un arte verdaderamente nacional que acogiera simultáneamente dos características, que fuera a la vez autóctono y cosmopolita. Desde esa perspectiva, y como lo expone De la Maza, el interés de buscar aspectos que definieran la identidad del país por medio del arte, pero con miras a ser presentados bajo los paradigmas de la modernidad,

supuso no sólo un desafío para nuestra pintura, sino que implicó que la pintura de historia comenzara a tener relevancia a la hora de crear un repertorio iconográfico que manifestara en su interior el “espíritu chileno”. Sin embargo, el seminario organizado por el Centro de Artes y Letras, grupo ajeno al medio del arte, sumado a las inquietudes que aquejaban a los miembros de la comunidad artística local, puso en tela de juicio el vínculo existente entre producción artística y carácter nacional, lo que bajo el punto de vista de De la Maza significó la actualización de temas esenciales en el mundo de las bellas artes, donde la creación de un arte verdaderamente nacional no sólo dependía de los artistas sino que de la sociedad en su conjunto.

Finalmente, Ottmar Ette propone una sugerente reflexión sobre la relevancia de la vinculación e interrelacionalidad de los saberes tanto a nivel disciplinario como espacial, a partir del análisis de la figura de Alexander von Humboldt y su obra mayor, el *Cosmos*. A la luz de los debates actuales sobre estos temas, el autor realiza una lectura enfocada en dos conceptos que, bajo su punto de vista, son claves dentro del pensamiento del sabio prusiano, a saber, vida y movimiento. Ambas ideas, insinúa Ette, explican que Humboldt no sólo haya dedicado su vida a la ciencia, sino que elaborara una concepción intercultural, transareal, transdisciplinar y cosmopolita en su discurso y obra. Desde esa perspectiva, el dinamismo de la ciencia humboldtiana traspasó fronteras espaciales y disciplinares dando paso,

como explica el autor, a una socialización y democratización del conocimiento científico que no hizo más que acercar e influir a diversos hombres de ciencia, viajeros, exploradores e incluso a un

público no académico interesado en su lectura.



Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland al pie del volcán del Chimborazo, cuadro de F. G. Weitsch (1810), en el libro (sin color) p. 322.

Esta dinámica y apertura hacia una epistemología caracterizada por sus múltiples vinculaciones, dice Ette, significó que el científico alemán en su obra desarrollara un pensamiento que comprendía la totalidad del mundo basado no sólo en la experiencia concreta de sus observaciones y vivencias, sino además en la reciprocidad entre los distintos ámbitos de la naturaleza y la cultura, desarrollando, de ese modo, una ciencia y conciencia global estrechamente ligada a una ética y estética del conocimiento. El proyecto humboldtiano, por tanto, manifiesta que Humboldt al entretejer y cruzar su propia vida con

diferentes tipos de conocimientos logró comprender el universo tanto en su unidad como en su diversidad, insistiendo sobre la importancia de relacionar el medio, la geografía y las distintas formas culturales existentes no sólo a nivel local sino que a nivel global.

El análisis hecho por Ette, que cierra la presente edición, llama la atención, entonces, sobre la necesidad de generar una mirada interdisciplinaria y transregional que nos lleve a categorías analíticas abiertas a la convivencia dentro del conocimiento en general. Nos preguntamos desde la historia, ¿cómo

contribuir a la creación de alianzas capaces de abrir nuestras fronteras a nuevas relaciones disciplinares y espaciales? Creo que este libro responde a este y otros problemas, pues invita al diálogo en este doble sentido que insinúa Ette. Por una parte, permite repensar nuestra organización e identidad republicana, desde la relación entre historia de la ciencia, historia del arte, historia de la traducción, ciencia de la literatura y geografía, y de éstas en su

proximidad con las distintas formas de poder y representación dentro de la realidad socio-político americana de las primeras décadas del siglo XIX. En segundo lugar, porque propone dilucidar la acción de la ciencia en América en contextos heterogéneos pero comparables, donde perspectivas teóricas y metodológicas diversas se acercan en una red de intereses comunes que finalmente otorgan la comprensión del todo, en este caso el mundo americano.

Trinidad Larraín D.  
Doctorado en Historia, PUC., Chile.